

Patricia Moreira
Directora General, Fundación Ayuda en Acción

EL ROL DE LAS ONGD EN EL CONTEXTO DEL NUEVO PLAN DIRECTOR Y LA DECLARACIÓN DE PARÍS

A pesar del importante avance logrado en los últimos años en materia de cooperación al desarrollo, tanto en la definición y asunción de compromisos por parte de los gobiernos y la sociedad como en la generación de conocimiento y nuevos enfoques, la concreción de estos avances se enfrenta al desafío de unos resultados todavía muy insatisfactorios.

En ese contexto tensionante y dentro de una crisis global cuyo impacto final es todavía desconocido, es fundamental revisar el papel de nuestras organizaciones de cooperación al desarrollo.

Desde Ayuda en Acción sintonizamos con el nuevo cambio de enfoque y cultura que representa el Tercer Plan Director de Cooperación Española y seguimos profundizando en la centralidad de las personas, en el vínculo solidario, en la participación y en el desarrollo territorial como enfoques fundamentales para impulsar desde la sociedad civil la construcción de un mundo más justo.

En el plano internacional, la mayor actividad del sector en los últimos años se puede concretar en hitos como la Declaración de París (2005) sobre la eficacia de la ayuda al desarrollo y la Cumbre de Monterrey (2002) más enfocada en la financiación de dicha ayuda. Ambos hitos han sido recientemente actualizados en el año 2008 en las Conferencias de Accra y Doha, respectivamente. En paralelo con estas iniciativas, se esta-

blecen los Objetivos de Desarrollo del Milenio con la ambición de reducir significativamente los niveles de pobreza en el año 2015.

En consonancia con los avances internacionales, en España se produce un proceso de maduración en el ámbito de la cooperación al desarrollo que se puede simbolizar con la firma en el año 2007 del Pacto de Estado contra la Pobreza por parte de todos los partidos políticos con representación nacional y la Coordinadora de ONGs para el Desarrollo. Adicionalmente, este proceso va acompañado de un incremento significativo de las cantidades de la ayuda.

Es en este contexto en el que se desarrolla y aprueba recientemente en España el Tercer Plan Director de la Cooperación Española al Desarrollo para los años 2009-12. Este Plan Director ha sido bien recibido por parte de las organizaciones de cooperación por dos razones fundamentales: la primera es que el Plan Director se hace eco de la evolución internacional en materia de cooperación, apropiándose de los conceptos y principios que conforman la nueva arquitectura de la ayuda (en este sentido, se percibe el compromiso del Gobierno español y se sientan las bases para el desarrollo de una futura Ley de Cooperación); la segunda razón es el propio proceso de elaboración del Plan Director, que ha contado con amplia participación de los diversos actores sociales, generando una mayor apropiación del mismo que, por otro lado, resulta imprescindible para llevarlo adelante.

No obstante, a pesar de los esfuerzos y compromisos alcanzados, la realidad no muestra cambios positivos de tendencia. Según datos del Banco Mundial, el número de personas que viven en condiciones de extrema pobreza se sitúa en torno a los mil quinientos millones, a los que hay que añadir quinientos millones con tan sólo subir el umbral que establece la pobreza extrema de un dólar a 1,25 dólares diarios. Las mismas fuentes señalan que a estas cifras habrá que añadir otros cien millones más en 2009, y son datos que últimamente se están revisando al alza por la agravación de la crisis global.

Esta asimetría entre acciones y compromisos por un lado y los resultados por otro no hace sino contribuir al debate sobre el papel de la ayuda al desarrollo y el cuestionamiento del rol de las organizaciones de la sociedad civil que participan en ella. El cuestionamiento toca aspectos que van desde la legitimidad de dichas organizaciones hasta su transparencia y eficacia en la gestión de los fondos. En el caso español, estas circunstancias se ven agravadas por las recientes crisis de algunas organizaciones del sector.

Las organizaciones de cooperación al desarrollo jugamos un papel crucial en el momento actual ya que somos agentes de cambio y en tiempos de cambio nos encontramos. Tenemos, por tanto, una intensa labor que hacer para mantener y reforzar la confianza de las personas en su capacidad transformadora de la realidad, punto de partida de cualquier proceso de desarrollo humano.

Esta tarea transformadora de la realidad tiene dos líneas de actuación complementarias. La primera es el compromiso concreto que adquirimos con las personas que son protagonistas de su propio desarrollo en los países menos favorecidos, y que es además un compromiso a largo plazo. Nuestra meta es contribuir a incrementar la propia capacidad de estas personas para que dirijan su propio desarrollo. Esta capacidad abarca no sólo cuestiones meramente técnicas, que facilitan el logro de resultados en educación, salud, producción, gestión organizativa, política y empresarial, sino también la mejora de la autoestima y el desarrollo de la responsabilidad, en lo que se ha dado en llamar “empoderamiento”. Se trata de crear una mayor capacidad para insertarse en la sociedad con poder y capacidad de negociación con quienes son responsables de las decisiones que les afectan. Alude también a una capacidad mayor para organizarse y reivindicar los propios derechos y participar activamente en la vida política a través de los cauces democráticos.

En la segunda línea de actuación se encuentran las personas que constituyen la base de donantes, colaboradores y activistas a quienes las organizaciones de cooperación reclamamos un compromiso, también a largo plazo, para seguir apoyando las iniciativas y proyectos de desarrollo en los países menos favorecidos. En este caso, les solicitamos un compromiso por partida doble: primero, un compromiso de solidaridad y corresponsabilidad con las personas que luchan por salir de su situación de pobreza y exclusión, y, en segundo lugar, un compromiso político, ejercitando su ciudadanía y reclamando unas políticas más coherentes y unas relaciones internacionales más justas y equitativas.

Desde la perspectiva de Ayuda en Acción, que cuenta con cerca de 30 años de experiencia, consideramos que nuestro modelo de actuación incorpora unas características y enfoques efectivos y alineados con los avances alcanzados en el campo de la cooperación, entre los que destacamos la centralidad de las personas, los vínculos solidarios, la participación y el desarrollo territorial.

En primer lugar, resaltamos la necesidad de poner en el centro a las personas, tal como lo reconoce el Plan Director: “La política española de desarrollo pone a las personas en el centro de su concepción, y prioriza sus intereses y puntos de vista, en especial los de aquéllas que disfrutaban de menos opciones y que son los principales *sujetos* del proceso de desarrollo”, y como asumimos en Ayuda en Acción en nuestra estrategia 2007-12: “...hemos reafirmado el papel protagónico que tienen y han de tener las personas que viven en situación de pobreza y ratificado como nuestra tarea central el trabajo cotidiano *al lado de* los niños, las niñas, sus familias y las comunidades para impulsar sus proyectos de vida digna...”.

Este planteamiento nos lleva a promover unas relaciones entre las personas basadas en la confianza mutua, que consolide relaciones de igualdad. Esta manera de entender las relaciones interpersonales ha hecho que en Ayuda en Acción concibamos el

apadrinamiento como un vínculo solidario, de manera que se crea un círculo virtuoso entre el modelo de financiación y el modelo de cooperación. En la medida en que decidimos confiar en personas que están en situación de pobreza y exclusión para apoyar sus iniciativas, y que ellos confían en nosotros para apoyarles en esta tarea, ambas partes asumimos un compromiso mutuo de trabajo compartido y de largo plazo. A su vez, este compromiso es posible en la medida en la que generamos confianza en las personas que componen la sociedad española y logramos que establezcan un compromiso de largo plazo con las personas y comunidades con las que trabajamos.

Además, nuestro modelo de cooperación se basa en el establecimiento de relaciones de largo plazo con los socios locales basadas en el diálogo, la negociación y el respeto. Aplicamos un sistema de planificación, seguimiento y evaluación participativo, que implica un análisis de la realidad local y una definición del papel que cada actor local, incluido Ayuda en Acción, va a representar en la zona.

Finalmente, apoyamos procesos de desarrollo en un ámbito territorial que se extiende más allá de unos límites geográficos, pues se inserta muchas veces en dinámicas más amplias que tienen su origen en programas de desarrollo a nivel estatal, departamental o comarcal.

En resumen, dentro del actual contexto de crisis global, que hace más urgente e imprescindible afrontar la contradicción entre los innegables avances en el ámbito de la cooperación al desarrollo y la realidad de la pobreza y desigualdad crecientes en el mundo, las organizaciones de cooperación al desarrollo, así como todos los actores sociales, tenemos la responsabilidad de cuestionar nuestros modos de actuación de manera que reafirmemos y potenciemos aquello que verdaderamente aporta valor y sentido. En esta consideración, desde Ayuda en Acción persistimos en mantener nuestro lugar junto a la sociedad civil, y pensamos que es fundamental que continuemos profundizando en la centralidad de las personas, en el vínculo solidario, en la participación y en el desarrollo territorial, para que la sociedad civil sea el pilar básico en la construcción de un mundo más justo.